

351

**United Nations**

**ECONOMIC  
AND  
SOCIAL COUNCIL**

**Nations Unies**

**CONSEIL  
ECONOMIQUE  
ET SOCIAL**

UNRESTRICTED

E/CN.12/44.

15 Junio 1948

ORIGINAL: SPANISH

---

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA DELEGACION DE COLOMBIA

SEÑOR LUIS GUILLERMO ECHEVERRY

Señor Presidente, Señores Delegados.

Temeraria sería la intención, y osado el empeño de quien se atreviese a oponer sus ideas o a emular en forma y donaire con quiénes en esta reunión de temas áridos han discurrido ilustrando, persuadiendo, inquietando y presentando soluciones; trazando, en fin, los sistemas que armonicen los intereses de las zonas aún no construidas de América con las de las milenarias culturas que, por causas bien conocidas y extrañas a nuestra intervención o voluntad, sufren ahora males que conmueven nuestra sencilla manera de sentir. Y es que nuestro ánimo franco y sincero se hace condueño de los dolores del mundo y los comporta en espíritu y en carne; vive las amarguras de las destrucciones, mira con horror el hambre, las enfermedades, la invalidez y el desamparo de aquellos pueblos, formados, ellos sí, al amparo protector y propicio de climas benignos, tierras fecundas, razas homogéneas y estructuradas, y comparte esos sufrimientos sin egoísmo ni avaricia porque ese desolador estado de cosas es la pena diaria de América Latina, y su manera de vivir cotidiana. Hemos anhelado siempre mejores condiciones y jamás fueron propicias para nuestro deseo justo las circunstancias del mundo. Al encuentro de nuestras ambiciones nobles salieron siempre hechos extraños que detuvieron o mataron el impulso creador de nuestros pueblos. Y es que tras el ideal de mejor vida, que no atenta contra nada ni contra nadie, ha marchado, la América latina en peregrinación tan estéril como algunas de sus tierras calcinadas a las que sólo humedecen en sus entrañas negros y codiciados manantiales que ya no nos

/pertenen

pertenecen por entero. Sin embargo no podemos pensar sino en razón y en función de solidaridades universales y la vida no nos perdonaría una postura diferente. Pero ha llegado la hora oportuna para meditar; dentro de esa inquebrantable solidaridad, en que nuestros problemas no están por fuera de ella y en que debemos analizarlos y exponerlos no como queja enfermiza sino como un derecho y como un deber. Como un derecho porque lo es el de vivir; como un deber porque lo es el de colaborar con el mundo para que mejorando nuestras condiciones de vida sea más amable y menos agitado el porvenir y menos expuesta la libertad de los hombres y los pueblos. Debemos aspirar a que nuestras angustias íntimas y permanentes se amortigüen o desaparezcan, y no sería osada pretensión nuestra aspirar a que el dolor no sea distinto aquí y allá, ni distinto el hambre aquí y allá, ni distintos y menos graves el analfabetismo y la miseria, aquí y allá. Tan sencilla aspiración justa enmarca bien en el concepto de solidaridad que ahora ata a las civilizaciones y que a nosotros nos ha obligado siempre.

Tomo el mapa de América y coloco el índice al azar. Me encuentro así frente a uno cualquiera de nuestros países y medito serenamente en sus problemas que quiero estudiar y conocer. Son ellos tan similares en el fondo a los que confronta y sufre mi país, que exponiendo los de éste parecen sintetizarse los de América, salvando, claro está, las privilegiadas situaciones que por excepción existen y que aquí he escuchado relatadas con extraordinario optimismo que me regocija y complace.

Es América un Continente rural y es justamente el campo lo que tenemos olvidado. Lo lógico y lo sensato sería, pues, que nuestra naturaleza rural se encaminara precisamente a producir lo que le corresponde y a defender con ahínco el capital humano que debe producirlo. Aspiramos, no obstante, a una industrialización rápida que permita transformar las materias primas que producimos y que nos liberte de la acción de los mercados externos en algunas áreas de nuestra economía precaria. El anhelo es justo y no admite objeción. La guerra que acaba de pasar y las consecuencias

/que de ella

que de ella sobrevinieron al mundo no podrían ser lección desaprovechable o experiencia sin valor.

Durante los años de la horrosa hecatombe vivimos pobremente, prescindiendo de necesarios elementos. Nos hacíamos entonces la ilusión de que al terminar la guerra resolveríamos mejor nuestros problemas gracias a las divisas que obligadamente acumulábamos. No sucedió así. Vendimos los frutos de nuestra producción a precios bajos, como contribución generosa e indispensable a la solución del conflicto, pero cuando hubimos de reemplazar los equipos agotados y de restaurar los daños sufridos en aquella era anormal, todo nos costaba mas caro y no pudimos adquirir entonces lo que necesitábamos, sufriendo, por ello, nuevos y graves perjuicios. En pocas cosas, y en pocas cosas, gastamos los ahorros y hoy la posición de las divisas acusa tremendos desequilibrios que obligan a severas restricciones, no sufridas por nuestros pueblos durante la etapa misma del conflicto. A decir verdad para nosotros la guerra no ha terminado y es ahora mas dura en sus consecuencias que cuando avanzaban los ejércitos de la democracia por sobre los suelos ensangrentados de Europa. Como cerrado está el comercio europeo, y las razones son harto conocidas, no tenemos sino un comprador internacional importante. Nos compra, como es lógico que suceda, a los precios para él mas bajos posibles, y nos vende, como único productor importante, a los más altos posibles también. Es esa la vida de los negocios y sólo estados totalmente intervencionistas y ferreamente comprometidos, lo que por fortuna parece estar todavía muy lejos, podrían cambiar las prácticas del comercio que vive al flujo y reflujos de la oferta y la demanda aprovechando toda coyuntura para obtener el mayor rendimiento de los capitales que explota.

La ausencia de competencia en la oferta de productos manufacturados, la disminución de la capacidad compradora de Europa y la congelación universal de las monedas a través de un solo patrón o medio de pagos, esterilizan las actividades del comercio internacional o las dirigen unilateral-

mente restándole actividad y posibilidades a los mercados latinoamericanos, sometidos hoy a una sola fuente de aprovisionamiento y a la demanda de un solo y exclusivo comprador importante.

Es verdad que algunos precios de nuestros productos han mejorado ultimamente de condición, pero no compensa el precio alcanzado para ellos el desequilibrio que en nuestras economías domésticas establecen vertiginosa, y peligrosamente también, la desvalorización de las monedas, el alza escandalosa del costo de la vida, la multiplicación en proporción geométrica, de las necesidades y del alto costo de las mercancías que necesariamente tenemos que importar.

El jornal de mineros y labriegos no abastece las necesidades de la vida en sus renglones elementales y cada día es más honda la desproporción entre el jornal de nuestros trabajadores y el precio de los artículos manufacturados que obligadamente necesitan consumir. El sacrificio de nuestros hombres, constreñidos a la abstinencia total o a la cara y parcial satisfacción de sus necesidades, tórnase así en "standard" de vida más alto para otros pueblos creando un contraste que impresiona y desconcierta y que es invitación permanente para orientar nuestras economías hacia la propia transformación de las materias primas que podemos producir. La ambición de hacerlo no puede ser ni más noble ni más justa. La prescindencia de lo urgente en largos años y la dependencia casi absoluta de otros mercados, inhibe hasta la misma capacidad soberana de las instituciones, porque la independencia no es solo fruto de las rígidas normas constitucionales o de los principios políticos que las inspiran, sino fruto y consecuencia natural de la robustez económica y de la seguridad de poseer, en toda época, al menos la congrua subsistencia, sin que medien para obtenerla entregas de soberanía o acomodaticios convenios internacionales.

Obran, pues, dos fuerzas, igualmente poderosas, para conducirnos al equilibrio de la producción agrícola y de la producción transformadora. La una es la inclinación natural que nos conduce a participar /en lo que

en lo que a la propia naturaleza se adapta y se aviene, esto es, en la tarea rural que forma parte de nuestro ser y que es al mismo tiempo que ancestro, obligante requerimiento de la vida. La otra es el deseo igualmente natural y lógico de no mantenernos mas dentro de la incierta influencia de circunstancias extrañas, que giran al vaivón de condiciones cambiantes, propicias en el amanecer de un día cualquiera e impropicias, adversas o absurdas a la tarde siguiente.

Fero como la primera obligación de los pueblos americanos ante su misión natural de producir en el campo es ardua y compleja al tiempo que base indispensable de la etapa transformadora, bien vale la pena de concederle preeminencia mostrando al desnudo las condiciones en que se cumple. El análisis de su desarrollo doloroso, impresionante y absurdo, bastaría por si para advertir a quiénes tengan todavía algún reato o temor de que seamos dueños mañana de industrias transformadoras, que bien adversas y desiguales son nuestras condiciones para competirlos o al menos para igualarlos.

El primer obstáculo aparece con la inferior capacidad productora del hombre latinoamericano. A nadie se oculta que el valor productivo del latinoamericana es muy pequeño si se compara con el de los hombres de otros continentes, debido especialmente ese hecho a deficiencias fisiológicas, que surgen como consecuencia de la sub-alimentación, la mala nutrición y las enfermedades. Los males malárico, anquilostomíasis y los otros que flagelan a América en las zonas del trópico, constituyen la guerra permanente que nos tienen declarada la selva y el clima y en la que perdemos mas vidas y capacidad productora que las que cuestan a la humanidad los crueles medios combativos de la guerra. Las estadísticas a este propósito conmueven hondamente al lector porque mientras la mortalidad general de los países europeos fluctúa al rededor del 10 por mil habitantes, escasos son los países de América que no tienen una mortalidad del 20 por mil. Conocéis bien vosotros los cuadros que muestran a las claras la desnutrición del continente y superfluo sería fatigaros con su repetición trágica y árida, pero menester es repensar

que por esa causa, menor es el animismo del obrero, mayor el absentismo del trabajo, mas tardía la madurez mental, mas lenta y precaria la capacidad productora y mas corta la vida, todo lo cual se traduce en mayor costo de la producción y en menor eficacia y rendimiento del trabajo.

Si a ese grave problema de la nutrición ineficaz y absurda sumamos otros que parecen anclados a nuestra vida, bien lejos aparecerá la aurora que alumbre con menos avaricia los destinos de América. No hay luz en los pueblos ni en los campos y baldías están las grandes caídas de agua esperando su incorporación técnica y económica al aprovechamiento civilizador. El agua no sirve aquí como elemento nutricional en regiones que esperan el estreñecimiento fecundante de las semillas, y las vías de comunicación, escasas y estrechas, no pueden ser el medio apto para que los productos de la tierra, arrancados a ella con tenaz empeño y fatigoso esfuerzo, puedan presentarse a la concurrencia competitiva de los mercados externos o al menos para que no resulten inaccesibles a la urgente demanda doméstica. Mi afirmación podría parecer audaz si vosotros, como yo, no hubieseis hollado este suelo amigo y hermano de América presenciando que sus moradores hacen colas inmensas para adquirir artículos de primera necesidad que se producen en su propio continente.

El caso de la vivienda no es menos elocuente como viva demostración de una realidad impresionante. Conviven bajo techos humildes el perro, el cerdo, la vaca, las gallinas y el hombre. Sin higiene, sin luz, sin agua, crecen en nuestras veredas los campesinos sin otro horizonte para sus ambiciones recortadas que el ancho e infinito paisaje de sus necesidades confundíndose con el de una tierra ajena en la que a cada atardecer mueren sus esperanzas. Mientras tanto la

/selva

inmensa esperando desde la creación la acción del hombre. Y ese problema de la vivienda se acentúa y - es mas grave todavía en los centros urbanos. Por obra y gracia de la evolución que en las últimas décadas se ha presentado en varios de nuestros países, en los que aflora un principio de industrialización transformadora, nuestras ciudades hánse visto sorprendidas, de repente, por grandes masas campesinas que hasta ellas llegan en busca de mejores salarios. Ese éxodo fatal, que despuebla los campos y satura las ciudades, fuente es ya de irreparables males. Crea, en primer lugar, desequilibrio entre las condiciones sociales del obrero campesino y del obrero urbano y quebranta y encarece al tiempo las actividades propias a la naturaleza y las de transformación que se inician. Vemos ya en América grandes ciudades, en las que los problemas de la vivienda, la movilización, el aprovisionamiento deficiente, las enfermedades y los vicios, consumen implacablemente el aparente beneficio de un sobresalario urbano, mientras el campesino sigue trabajando barato para mantener, con su sangre misma, el lujo y la industria caras, colaborando así, sin darse cuenta, a la desintegración biológica de las ciudades.

/Nuestra

Nuestra incipiente industrialización transformadora es el resultado de un proceso costoso que fuertemente pesa sobre las generaciones vigentes. Para lograr lo que tenemos, y en la vía de mejorarlo y extenderlo, no podemos menos de poner el tesón y el empeño de que seamos capaces, aun sea ello a costa de imponderables sacrificios. La experiencia y la lección de que antes os hablaba son obligantes, y desaprovecharlas constituiría temeraria y grave responsabilidad con el futuro. Pero debe realizarse ese proceso sin herir las bases mismas de nuestra estructura social; sin matar lo que nos corresponde por naturaleza, para crear, en cambio, artificiales maneras de vivir. De ahí que debemos meditar en un plan de construcción armónico que conjugue al tiempo las necesidades de la ciudad y del campo, que las defienda al tiempo y recíprocamente, y no únicamente en planes de equilibrio transitorio. Debemos estructurar el porvenir sobre bases que correspondan a la realidad y para tal efecto nuestra primera obligación es la de transformar la idiosincrasia de los pueblos educándolos e higienizándolos merced a intensas campañas de medicina preventiva y vinculándolos, por fin, a la producción y al consumo, porque sin letras, sin higiene, sin alimentos y trabajo no es sensato que sigamos pensando en un futuro promisorio o libre. Nada valdría para nuestros pueblos una selva de chimeneas de altos hornos o el movimiento creador de telares, hilanderías y grandes empresas manufactureras de otros órdenes, si al mismo tiempo quedarán despoblados los campos, enfermas y desnutridas nuestras poblaciones y tuviésemos entonces que comprar alimentos para mantener el capital humano dedicado a esa transformación artificial.

Es la agricultura la primera necesidad de América y el hombre su capital más valioso. Nuestro deber es defenderlo: buscar las causas íntimas de sus males, sacarlo, donde lo esté, de las inferiores condiciones en que vegeta; incorporarlo a la vida como factor decisivo de progreso; elevarle la categoría moral y espiritual; hacerlo sentir

/la Patria



la Patria y la América y abrirle nuevos horizontes a su condición misérrima. Cumplida esa etapa, que no es fruto de la guerra, resultará fácil y sencillo incorporar la tierra a la producción intensiva, técnica y económica y librar después otras batallas en campos menos conocidos. Se dirá que fuimos invitados aquí para hablar de los problemas creados por la guerra y que los que he citado nos acompañan desde los lejanos días de la conquista y de la colonia. Eso es verdad, pero como son ellos por sí y en sí más sustantivos y fundamentales que los transitorios que provocan las crisis, deben merecer la atención preferente y constante de quienes están en el deber de analizarlos y de resolverlos, porque de no obrar así serán siempre más graves las consecuencias de las guerras y las de la competencia de las potencias comerciales, que por razón de largo y estructurado proceso evolutivo, dueñas son de la técnica, la habilidad manual, la experiencia acumulada en siglos de repetición ordenada, y de las tácticas ofensivas y defensivas ante las competencias, y, porque no decirlo, dueñas también de la suerte del mundo cuando fallan los resortes de las doctrinas o los cálculos de las economías.

América no puede ni debe resignarse solamente al planteamiento de aquellos problemas que tienen como origen la guerra, porque si es verdad que ella creó nuevas modalidades y trastornos, no lo es menos que agudizó las condiciones que siempre nos rodearon y resolver los segundos sin atender a los primeros, que son los esenciales y básicos, equivaldría a continuar aceptando la posición mediocre y desigual en que hemos vivido y a cambiar lo eterno y permanente por lo fugaz y transitorio. No entiendo la ubicación de esta Comisión dentro de los límites restringidos y estrechos de problemas que un período más o menos largo de sacrificios puede resolver. Creo que su campo de acción es más ancho y extenso y que su primera ambición radica en que así como deben resolverse los problemas creados por la guerra, porque vivimos anclados a la solidaridad del mundo, también deben

/resolverse

resolverse los que existían antes y persisten ahora y que son precisamente los que con guerra o sin ella nos colocan en inferiores niveles de vida, en impotencia permanente para cumplir con las obligaciones elementales de la salud, la educación y la higiene, hasta que nos sitúa al menos en parecidas condiciones a las de que gozan pueblos económicamente superiores y que por razón de sus preeminencias excepcionales, disfrutaban, y disfrutarán siempre, de más altos niveles de vida y de condiciones de climas, cultura y alimentación superiores a las nuestras, no obstante las inclemencias pasajeras que los afligen ahora por causas de la guerra.

"Sin desconocer la gravedad del problema de la reconstrucción europea, presente está el gran desequilibrio que antes del conflicto existía y que persiste entre las diversas zonas económicas del mundo. Si los ideales de elevación de los niveles de vida, de expansión mundial de la economía y de empleo remunerativo para todos los pueblos consagrado por la Carta de las Naciones Unidas han de tener realización en términos razonables, resulta forzoso atender no sólo a la reconstrucción de las naciones afectadas por el conflicto, que en general se caracterizan por un alto grado de progreso y niveles de vida incomparablemente superiores a los de los países latinoamericanos, sino también al desarrollo de estos últimos. De lo contrario, el desequilibrio anotado subsistiría y se haría aún más grande como efecto de la modernización de los equipos económicos y de la creación de facilidades nuevas que contemplan los planes de reconstrucción europea. El desarrollo mismo del Plan Marshall contempla la vigorización de todas las áreas económicas del mundo y fallaría su base sustantiva si las exportaciones europeas no se ensancharan en forma apreciable para lo cual es necesario estimular sin reservas pronto las capacidades de producción y de consumo de nuestros pueblos".

Ese estímulo a la producción no depende exclusivamente de nuestro deseo ni acelérase o intensifícase exclusivamente con la fuerza de  
/nuestras disponibilidades

nuestras disponibilidades económicas y la poca técnica a nuestro servicio. Exhaustos andan los ahorros de América y alta y costosa es la técnica para la producción de infinidad de mercancías y equipos que bien lejos andan de formar parte de nuestro plan de ambiciones, pero en campos más modestos, que por su naturaleza misma no podrían presentar peligro a la producción de las potencias industriales y que, por el contrario, serían pólizas de seguro para la paz del mundo y su deseado equilibrio, si es urgente la cooperación de capitales y de técnicos, la ordenada planificación de nuevas inversiones mediante las cuales el capitalista interesado aprecie la conveniencia o posibilidades de su inmigración, para robustecer con ella los medios defensivos de nuestro continente o para prepararlo, al menos, para una supervivencia decorosa.

Al amparo de capitales privados que siempre han sido bien mirados por nuestro Continente y que en él prosperaron y prosperan bajo normas inquebrantables de seguridad y respeto, bien podríamos adelantar el desarrollo de nuestra industria transformadora, dedicando al tiempo, y en equilibrada proporción, parte de nuestros recursos y de las economías de divisas que de dicho desarrollo pudieran resultar, al aprovechamiento menos empírico de los recursos naturales y humanos que ansían aplicación, y al aumento, al menos al preciso para las necesidades vitales de la producción agrícola, minera y manufacturera, dentro de una diversificación adecuada y con un progresivo acceso a aquellas ramas de las actividades económicas en que se requiere mayor preparación técnica y que ofrecen también más remunerativas condiciones a las clases trabajadoras.

Todos estos anhelos están, desde luego, necesariamente vinculados por la interdependencia ineludible a estudios de que carecemos por completo. Equilibrar nuestra industrialización, en la forma sin ambiciones de competencia en que la proponemos, con el adecuado desarrollo de los suelos, es tarea que reclama el conocimiento de los recursos naturales disponibles, de las condiciones del clima y del medio en general,

/de la cantidad

de la cantidad incorporable de fuerza hidráulica a la vida productiva, de la categoría e importancia petrolífera y minera, de la manera de defender de la esterilidad la tierra azotada por desmontes inclementes, de las posibilidades de regar comarcas que hoy son eriales, sin oficio o de desecar lagunas y pantanos en los que viven y se multiplican los conductores de los flagelos que sin misericordia muerden la mal alimentada población humana de campesinos y mineros. Estudiar, estudiar, estudiar, he ahí la más destacada, la más imperiosa, la más urgente necesidad del presente. Pero hacerlo no con el ánimo de obtener soluciones pasajeras para males inmediatos sino con el de formar planes de acción serios, que permitan luego la presencia de una acción ordenada y metódica facilitando la solución de los problemas sin el costo con que la ignorancia, el desorden y la improvisación suelen gravar nuestras realizaciones. Esos estudios indispensables servirían para estructurar el no menos necesario plan de financiar el programa que debemos cumplir en busca de la segunda independencia que no por ser la segunda es de menos categoría y urgencia que la que dieron a nuestros espíritus y soberanías los genios de la emancipación.

He quitado a vuestra atención un largo espacio sin llegar al estudio mismo de las necesidades colombianas que seguramente conocéis mejor que yo, pero que no puedo prescindir de enunciar así sea en forma breve y en algunos de sus aspectos, porque si mal no estoy la invitación a esta reunión importante, saturada está por una intención indiscutible: la de contarnos lo que no somos y podríamos ser, la de presentar nuestros males para cambiar la elegancia de las formas diplomáticas por sistemas expeditos y prácticos, sencillos y reales, que nos hagan más amigos y menos pobres.

No es Colombia tierra de grandes concentraciones urbanas. Su población demora a lo ancho y a lo largo del país y su clima y su geografía variados presentan contrastes admirables.

En los climas medios la población dedícase al cultivo del café suave,  
/cuya producción

cuya producción alcanzó en 1946 a 5.327.270 sacos. Debe notarse que mientras otros países productores del grano disminuyeron notablemente sus exportaciones, el nuestro, en los últimos veinte años, duplicó la suya.

Posiblemente no se presentará para Colombia la superproducción, gracias a la alta calidad del producto, que lo hace indispensable para las mezclas en los mercados del exterior y porque el consumo de esa extraordinaria bebida es ya necesidad imperiosa de los pueblos civilizados.

Prodúcese el café en forma de industria minifundista y casera y de ahí que el 87% de las plantaciones corresponda a fincas de 5.000 árboles, y que las grandes plantaciones sean muy pocas y tiendan a desaparecer para incorporarse al minifundio. No es, pues, una industria de ricos sino de pobres y por ello la importancia que tiene defenderla y cuidarla. Ha vivido siempre merced de las oscilaciones del mercado externo y sufrió a veces bajas que produjeron tremendos efectos en la economía del país. Larga y costosa ha sido la lucha para defender la posición del café pero por fortuna son más eficaces ahora los servicios de la Federación Nacional de Cafeteros, dueña hoy de 200 millones de pesos colombianos, que están presentes para defender los precios, incrementar los cultivos, restaurar las plantaciones, desarrollar el crédito y defender la salud y el bienestar del agricultor, ayudándole en el mejoramiento de la vivienda, en la provisión de agua potable y en la educación primaria de la familia. Naturalmente el plan es demasiado grande y su ejecución requerirá años y dinero. Mientras tanto la población cafetera del país tendrá que soportar las lamentables condiciones en que hoy vive. En los cafetales el hombre está a merced de la anemia, la pelagra, el bocio y las fiebres palúdicas. Si fuese posible hacer un balance de los provechos económicos obtenidos con esta industria complicada y de los males que ella en sí conlleva, aparecería, indudablemente, que el país ha cambiado capital humano, salud, vigor y alegría de la raza, por un modesto pasar que otra cualquiera actividad hubiese retribuido <sup>menos</sup> con avaricia. A la inmensa masa campesina que labora en el café tardarán

/mucho

mucho en llegarle las condiciones más elementales de la ciudad o si quiera los lenitivos del médico, las drogas, la autoridad, los servicios de comunicación o las escuelas.

Los ingresos del trabajador cafetero están sometidos, por ser una industria casera, a la fijación que le hagan los consumidores del grano, es decir, dependen de fuerzas externas, cuyo control es difícil, y a veces imposible, y de ahí que no hayan alcanzado nunca para una alimentación adecuada, para el vestido decente, o para la adquisición de medicinas urgentes. El ciento por ciento de los individuos en esta rama de la población colombiana, vive subalimentado porque no dispone sino de 2.317 calorías y en su dieta es inquietante la desproporción en que se mezclan los alimentos. Ante la insuficiente disponibilidad, el cafetero es un eterno deudor y un trabajador desasosegado, inseguro e inquieto.

Podría pensarse que las alzas de precios últimamente registradas aliviarán algo esa desesperada situación cotidiana. Pero no es así, por causas que vosotros conocéis a plenitud. Desde 1941 el índice del costo de la vida de la familia cafetera subió hasta llegar al 500 con base en 1934, es decir, se quintuplicó el costo de la vida en el campo, y éste, en cambio, no ha modificado sus condiciones ásperas para su morador obligado. Agreguemos, de paso, para completar este cuadro melancólico, que no existe una sola cuenta de la contabilidad del costo de producción que no haya aumentado considerablemente. Los precios de la maquinaria son hoy inaccesibles; los transportes externos e internos representan 55% más por la vía del Atlántico y un 45% más por la del Pacífico. Entre tanto el precio del ganado mular, indispensable para la explotación cafetera, se ha triplicado en la misma forma que la alimentación indispensable para dichos semovientes.

Jamás fué halagadora la situación del pequeño agricultor cafetero. Ni la guerra misma le permitió una transitoria bonanza, pues mientras

/ascendían

ascendían los precios de las mercancías agrícolas, el del café permanecía estable. No gozó el café de las fluctuaciones que el gobierno americano toleró para los precios de otros productos agrícolas, como consecuencia de la inevitable y ascendente curva inflacionista iniciada con ocasión de la guerra:

Con la economía de los precios máximos perdió el cafetero no menos de cuatro centavos de dólar por libra en el período en que ellos rigieron, lo que representa 25 millones de dólares anuales de menor aporte de la industria cafetera para la economía del país. Ese dinero es el que le falta al hombre del campo para completar la ración, defender la salud, mejorar la educación, restaurar las plantaciones, reemplazar los equipos agotados.

También le correspondió al café la excepción de los "parity price" mientras las curvas de los precios de los artículos industriales, y de necesario consumo para el cafetero, alcanzaban los más altos niveles. Todo esto sucedía mientras el peso colombiano llegaba a una tercera parte de su primitivo valor, lo que producía, como consecuencia lógica, que los \$ 15.87 que en 1944 recibía el cafetero por el saco de su producto representaban \$ 10.90 frente a los mercados internos donde el pueblo veíase obligado a comprar.

Para darle la pincelada final a este largo cuadro, no sería extravagante, por el contrario, es conveniente afirmar que Colombia, año tras año, ha cambiado más café por menos maquinaria, útiles, equipos de transporte, materias primas, abonos, y el numerario que tuvo que acumular representa hoy un volumen de mercancías y géneros menor en una tercera parte al de la cantidad nominal del valor monetario de sus exportaciones cafeteras.

Todo, en fin, podría soportarse, porque harto ha hecho el mal vivir para pulir la resignación de nuestros pueblos, pero la zozobra del cosechero, que amarga su tarea campesina con la inseguridad extravagante de los precios, que desequilibran con sus fluctuaciones inusitadas su

economía incipiente y pobre, le resta estímulo al esfuerzo y siembra en el espíritu semillas cuyos frutos amargos ojalá no nos tocara recoger.

Menos aflictiva aparece, por fortuna, la posición del país en la industria pecuaria. Sorprende el incremento acelerado que desde 1943 ha sido del 86% mayor en Colombia al que registra la industria ganadera de otros países. Nuevas tierras entran a la cría y levante y extensas y numerosas zonas hállanse al presente en plena producción pecuaria, y bien se cuidan los dueños del mejoramiento y selección de las razas y suficiente empeño toman en la prevención de las enfermedades. Mayor rendimiento en la producción, disminución de la mortalidad, mejoramiento de los productos, mayor consumo doméstico de carnes y aprovechamiento de las divisas provenientes de la exportación son los resultados de la industria ganadera en la última década. De país importador hasta hace pocos años Colombia ha venido convirtiéndose en abastecedor de sus antiguos proveedores y todo parece indicar que no está lejano el día en que esa rama valiosa de nuestra economía sirva para mejorar la alimentación de nuestro pueblo y también para darnos mejores frutos como resultado de la exportación a países que tienen extenuada su industria pecuaria y que tardarán bastante en restaurarla.

/Minería



Minería es una palabra que suscita zozobra en nuestros países aurífero y rico en otros minerales.

Tras el oro de nuestras vetas y aluviones corrieron afanosos los conquistadores de antaño, como ávidamente corren ahora los industriales del petróleo tras ese rico combustible. "La búsqueda del metal que revistió primeramente las formas de ansiosa persecución a los tesoros indígenas, de engañoso trueque o despojo violento, lleva luego a la explotación de las minas y produce con ello cambios hondos y definitivos en la estructura racial y económica de la sociedad naciente. Un inmenso número de indios sucumbe en el duro trabajo minero, llevado por fuerza a climas mortíferos, y cuando puede apreciarse que esa política cruel, condenada por la ardiente palabra de las misiones, da un pésimo rendimiento económico, se intensifica el lúgubre comercio de los esclavos negros que deja tan espesos extractos en nuestra conformación racial".

Alternativas sin cuento muestra nuestra industria minera en la que perecieron vidas y se esfumaron valiosos capitales, porque no es paradójico afirmar que para explotar una mina de oro en Colombia ha sido necesario a los colombianos tener otra en plena producción favorable, y ése hecho se hace más patente ahora cuando llegan a precios absurdos las maquinarias y productos químicos indispensables para el laboreo y tratamiento de los metales.

Sin embargo nuestro pueblo persiste en el empeño de "sacar oro" porque lleva eso en la sangre como necesidad de la herencia, y lo extrae no se sabe a qué precio y en cuales condiciones, mientras los concesionarios extranjeros de los grandes manantiales, lo hacen con respaldo de capitales poderosos y de técnica y estudios previos que rodean de seguridades la inversión y hacer lucrativa la industria.

La producción en los últimos cinco años fluctúa entre 550 a 650 mil onzas troy y de ella dependen numerosos obreros y ciudades enteras.

/En 1921

En 1921 empezó en Colombia la explotación del petróleo y alcanzó en 1945 a 22,594,000 barriles. Parece que nuestro suelo sea rico en yacimientos petrolíferos, pero los escasos recursos disponibles y la carencia de técnica, nos someten a ignorar la verdadera potencialidad de los manantiales y a no poderlos explotar directamente.

Más halagadora que la industria del oro, y quizás que la misma del petróleo, porque no van sus frutos a quemarse lejos o a hundirse en frías entrañas de acero, como el oro, que así se venga, ocultándose, es sin duda la hidroeléctrica a cuyo amparo será siempre propicio el desarrollo de la industria transformadora, el mejoramiento del campo, los transportes y la vida en general.

25,000,000 de caballos de fuerza parece ser la reserva colombiana que ya empieza a aprovecharse como lo acusan las plantas de Guadalupe, Río Grande, Anchicayá y otras. Pero lejos estamos de poder aprovechar esa inmensa capacidad que abriría horizontes inmensos a nuestro porvenir.

Los beneficios de la energía eléctrica bien los hemos apreciando en los resultados obtenidos con ella por nuestra industria manufacturera, cuyo desarrollo inicial, costoso, difícil y lento, se ha acelerado en los últimos años en forma satisfactoria aún cuando no tan amplia como sería de desear. Estas industrias, que cuentan con plantas de textiles, cementos, cervezas, editoriales, vidrios, lozas, caucho, fósforos, materiales de construcción, plásticos, tabaco, vestuario, etc., representan hoy 143,383,012,50 de capital suscrito y son el ahorro del pueblo y el porvenir del país, y base, muy grande, del presupuesto nacional. De su ensanche y multiplicación rápida, al tiempo que de la adecuada y rígida industrialización agrícola, gracias a los riegos, la desecación de pantanos, la salud del obrero, el mejoramiento de las vías, la defensa de los suelos, los abonos, y la paz, como resultado de todo lo anterior, así como de la mejor comprensión y cooperación de América para el intercambio de técnicas, la inversión de capitales, la eliminación de trabas aduaneras, dobles tributaciones y crédito

al comercio, está pendiente Colombia para poner a salvo sus destinos.

Podría tildarse de optimista esa esperanza, que a tan aparentemente fáciles acuerdos está condicionada y más si se mira la situación de la balanza de pagos, adversa hoy a la mayoría de los países. Pero yo tengo plena fé y esperanza en que este contacto de los hombres y la familiarización de ellos con los problemas que a todos los países preocupan, y de la enunciación desnuda y del análisis frío y sereno de ellos, irá surgiendo magnífica y real la solidaridad del Continente. No se me oculta que el problema de la doble tributación es demasiado complejo y que quizá no exista la madurez suficiente para resolverlo con la premura a que nos invita la inaplazable necesidad de inversiones privadas, pero si la entidad de ese tema impone una tregua a nuestra inquietud, no sucede lo mismo con el aporte técnico que bien podrían darnos los pueblos más capacitados de Europa y América, ni ocurre tampoco lo mismo con el crédito privado, cuya ausencia es fuente de males innumerales dentro del giro ordinario del comercio internacional. Nuestros bancos y organizaciones de crédito no alcanzaron a desarrollarse al ritmo de las necesidades del comercio, la agricultura y la industria ni estaban preparadas para reemplazar repentinamente a los exportadores, que a lo largo de nuestras relaciones comerciales financiaron siempre las importaciones de mercaderías y que hoy exigen su pago mediante la apertura de créditos irrevocables. De países deudores en el campo comercial nos convertimos en acreedores y nos está tocando hasta financiar la producción misma de los artículos que obligadamente debemos importar. Es por lo menos extravagante esa situación que con franqueza exhibo y que se hace menos lógica si se piensa en que no existen anticipos o financiaciones externas para los productos que cultivamos o extraemos. Nos toca, pues, suplir el crédito de que antes gozábamos en Europa y Norteamérica y atender al mismo tiempo a la provisión del crédito interno mientras se cumplen los largos procesos de la cosecha, la recolección y el transporte, hechos estos que desequilibran la totalidad

/ de nuestros

de nuestros sistemas económicos y que podrían enmendarse con un poco de buena voluntad y de efectiva solidaridad continental.

Sólo a guisa de insinuación respetuosa, ya que no soy el llamado a estructurar el plan de esta Comisión, quiero dejar como punto final de mi charla algunas conclusiones sencillas, que a mi entender de persona poco versada en temas tan complejos, podrían ser derroteros de su futura actuación, a saber:

- a) Estudios sobre la alimentación y la higiene,
- b) Planeo para combatir preventivamente las enfermedades que azotan a las masas trabajadoras de los pueblos de América,
- c) Estudios sobre pequeñas industrias que incorporen la población indígena a la civilización, la producción y el consumo,
- d) Estudios sobre posible aprovechamiento de los recursos económicos de América Latina en la explotación directa de sus hidrocarburos,
- e) Estudios sobre las posibilidades mineras, de fuerza eléctrica, carbón y bosques,
- f) Estudios sobre el aprovechamiento diversificado y técnico de la tierra y sobre la forma más práctica de intercambiar alimentos.